

Princesa
de Portobello



Dirección de arte: Trini Vergara - Paula Fernández
Diseño de cubierta: María Natalia Martínez • Ilustración: Muriel Frega
Diseño de interior: Daniela Coduto
Traducción: Nora Escoms • Edición: Cristina Alemany
Colaboración editorial: Silvina Poch - Soledad Alliaud

Copyright del texto © Cathy Hopkins, 2001, 2007

Esta traducción de la obra *Mates, Dates and Portobello Princesses*, de Cathy Hopkins, publicada por primera vez en el Reino Unido en 2001, se publica en virtud de un acuerdo con Piccadilly Press Limited, Londres, Inglaterra.

© 2009 V & R Editoras
www.libroregalo.com

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias y cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ARGENTINA: Demaría 4412 (C1425AEB), Buenos Aires
Tel./Fax: (54-11) 4778-9444 y rotativas • e-mail: editoras@libroregalo.com

MÉXICO: Av. Tamaulipas 145, Colonia Hipódromo Condesa,
Delegación Cuauhtémoc, México D. F. (C.P. 06170)
Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621 • 01800-543-4995
e-mail: editoras@vergarariba.com.mx

ISBN 978-987-612-205-4
Impreso en Argentina. Printed in Argentina

Hopkins, Cathy
Princesa de Portobello. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2009.
136 p.; 21x14 cm.

Traducido por: Nora Escoms
ISBN 978-987-612-205-4

1. Literatura Juvenil Inglesa. I. Escoms, Nora, trad. II. Título
CDD 823.928 3

Cathy Hopkins

Princesa de Portobello



1 El tren del amor

—**N**esta, ¿eres tú? —preguntó la voz de Lucy en el teléfono—. Te oigo rara. ¿Dónde estás?

—En el baño, en el tren del infierno —gemí.

La oí reír. ¿Por qué a la gente siempre le parece gracioso cuando mi vida se convierte en un desastre total?

—No, en serio. Es una pesadilla. Estamos parados en el medio de la nada. Debería haber llegado a casa hace horas.

—Suenas como si estuvieses dentro de una cabina —dijo Lucy—. Se oye mucho eco. Pero ¿qué haces en el baño? No te habrás quedado encerrada, ¿verdad? —Eché a reír otra vez.

—Estoy aquí adentro —respondí, con tono ofendido—, para poder hablar por celular sin que me escuche todo el vagón y porque esperaba un poco de comprensión de alguien que se supone que es una de mis mejores amigas.

—Lo siento, Nesta. Pronto arrancará de nuevo.

—¿Qué estás haciendo?

—Mirando la tele. Están dando una repetición de *The O.C.* Más tarde iré a casa de Izzie.

—Qué suerte. Ojalá estuviera con ustedes. Ya no soporto esto. Me muero de aburrimiento.

—¿No tienes un libro?

—Ya lo leí.

—¿Una revista?

—Ya la leí.

—Llama a Izzie.

—Salió.

—Entonces ve a charlar con algún pasajero. Así el tiempo se te pasará más rápido.

—Ni lo menciones. Tengo a la familia satánica sentada detrás de mí. Recuérdame que nunca tenga hijos.

—¿No era que te gustaban los niños?

—Sí. Pero no podría comerme uno entero. Ja, ja. Francamente, es horrible. Este niño que tengo atrás me está volviendo loca. Patea mi asiento, discute con su hermana, tiene un videojuego irritante que hace un sonido como una sirena de policía. Y sus padres se quedan ahí sentados como si fuera la criatura más adorable. Ojalá lo hicieran callar.

—Cámbiate de asiento. Es sábado. Ve a la primera clase y paga la diferencia. ¿Tienes dinero?

—Sí. Ya me cambié. Papá me dio dinero extra. Pero como es Pascua, el tren está completo y no alcanzan los asientos, de modo que pasaron a todo el mundo a primera clase. Además, no anda la calefacción. ¡Y tampoco hay coche comedor! Ni siquiera puedo comprar una *Coca*. Deja de réírte. No veo qué te causa tanta gracia.

—Perdóname, Nesta —respondió Lucy—. Es que te imagino escondida en el baño. Tú, que vas a todos los sitios de moda.

—Sí, justamente. Muy gracioso. Ufa. Qué olor horrible hay aquí, parece que alguien estuvo fumando a escondidas. Un momento, voy a echar desodorante.

Saqué mi *Calvin Klein* y eché un poco al aire.

—Así está mejor. ¡Qué aburrida estoy, Lucy! Dime algo para entretenerme.

—Vuelve a sentarte y prueba un poco de esa meditación que hicimos en la escuela.

—Ni me lo menciones. Eso es cosa de Izzie.

—Entonces, ¿cuándo estarás de vuelta?

—No lo sé. Nunca, según parece. Es obvio que me están castigando. Me morí, fui al infierno y estoy atrapada en este tren con todos estos locos por toda la eternidad.

—Qué dramática eres, Nesta. Llegarás muy pronto.

—Ojalá. Papá me dejó en Manchester a la una, y el viaje debía demorar tres horas. Ya pasaron tres horas aquí arriba. Y ahora parece que hay un desperfecto... aunque nadie nos informó qué pasa. ¿Qué hago?

—Eh... no sé. Ponte un poco de maquillaje.

—Buena idea —saqué mi portacosméticos y empecé a aplicarme un poco de lápiz labial—. Ah, espera un momento —dije, cuando el tren dio una sacudida hacia delante, con lo cual me quedó la mejilla atravesada por una raya de lápiz labial—. Epa. Creo que arrancamos. Sí. Nos movemos otra vez... Lucy, ¿Lucy...?

El celular se cortó, de modo que me miré al espejo y me cepillé un poco el pelo. Me pregunté si debía hacerme una trenza. O quizá sería mejor dejarlo suelto. Había un chico que se había pasado todo el viaje observándome. Era bastante lindo. Dicen que uno de mis mejores rasgos es el pelo: lo tengo largo hasta la cintura. Decidí dejármelo suelto. Quería lucir bien cuando el chico del rincón decidiera avanzar. Seguramente sólo era cuestión de tiempo.

Los pasajeros me observaban mientras regresaba del baño. Ya estoy acostumbrada, porque la gente siempre me mira. Izzie dice que es porque soy tan linda que me destaco entre la multitud, pero a veces pienso que es también porque no logran descubrir de dónde soy. Veo sus cerebros trabajando y trabajando para sacar de qué nacionalidad soy. En realidad, mi papá es italiano y mamá es jamaicana. A veces digo que soy *jamaicana* o *italina*. Eso confunde mucho a la gente.

Sin embargo, últimamente viene bien eso de no ser fácil de identificar, como cuando salgo con Lucy e Izzie y tenemos ganas de hacer locuras.

Simulamos ser estudiantes extranjeras. Yo finjo ser española o india. Podría ser cualquiera de las dos cosas. Lucy simula ser sueca, porque es rubia, tiene pómulos altos y sabe imitar el acento. Izzie, por alguna razón, siempre se hace pasar por noruega, aunque con su pelo oscuro y sus hermosos ojos es una irlandesa típica.

Mientras pasaba con esfuerzo entre pasajeros enfadados que estaban sentados en el pasillo sobre sus maletas, se oyó un anuncio por el altavoz.

—Pedimos disculpas por la demora y por la falta de asientos, pero ya estamos en marcha nuevamente y llegaremos a Birmingham en unos minutos. Sin embargo, debido a un problema con la locomotora, nos quedaremos allí mientras los ingenieros la arreglan. Llegaremos a Euston aproximadamente dos horas más tarde de lo previsto.

Un grito colectivo recorrió el tren, seguido de un coro de voces, pues los pasajeros tomaron sus móviles y empezaron a hacer llamadas.

—Martha, estoy cerca de Birmingham. No sé a qué hora llegaremos. Tomaré un taxi.

—Tom. Llegaré tarde porque se paró el tren. Te llamaré cuando estemos más cerca.

—Gina. El maldito tren volvió a retrasarse. Te llamo más tarde.

Una y otra vez, la misma conversación se oyó en todos los vagones.

Entonces me di cuenta de que no encontraba mi asiento. Miré a los demás pasajeros, pensando que quizá me había equivocado de vagón. Pero no: allí estaba la familia satánica. Y el chico lindo del rincón. Ay, no. Alguien había ocupado mi lugar. Una anciana de cabello blanco y anteojos. Se había acomodado con un termo de té y un sándwich. No podía pedirle que se levantara. Sería una maldad.

Miré alrededor pero no había más asientos. Bueno, tendré que quedarme de pie, pensé. Dos horas y media. Qué alegría.

Pero los dioses se apiadaron de mí. Unos minutos después llegamos a Birmingham y, aleluya, el hombre que iba sentado frente al chico lindo

se levantó para descender. El chico me miró y señaló con el mentón el asiento frente al suyo. Fabuloso, pensé, y allá fui.

Cuando el tren se detuvo con una sacudida, perdí el equilibrio. Considerando el día que estaba teniendo, lo que siguió parecía inevitable.

—Hola —me saludó el chico lindo, con una gran sonrisa, cuando aterricé sobre su falda—. En realidad, me refería al asiento de enfrente. Pero a mí no me molesta.

Me di cuenta de que pensé que me pondría de pie muy avergonzada, entonces decidí ser más lista que él. Me quedé donde estaba un momento, como si estuviera muy cómoda, y le dirigí una de mis mejores miradas seductoras: la de la sonrisa y una ceja levantada.

Entonces sí me levanté.

—Sí. Quizás más tarde —respondí, sentándome frente a él.

—Ah. Bueno. De acuerdo. No hay problema —dijo, turbado—. Eh... me llamo Simon. Hola.

—Fue muy romántico —les dije a las chicas más tarde ese mismo día, mientras comíamos *Pringles* de cebolla y queso en casa de Izzie—. Como en las películas. Me caí sobre sus rodillas. Si alguien filmara nuestra historia, creo que me gustaría que el papel de él lo hiciera ese tipo que hace de Ángel en *Buffy*.

Estábamos en el cuarto de Izzie. Finalmente, el tren había llegado a Londres a las seis y media. Mamá me recogió y, apenas dejé mis cosas en casa, le rogué que me dejara salir. Esto era urgentísimo. No sólo hacía tres días completos que no veía a las chicas, sino que además tenía tanto para contarles.

—¡Su historia! Pero si acabas de conocerlo —exclamó Lucy, bebiendo un trago de *Coca*.

—Y, conociéndote —agregó Izzie—, probablemente te caíste sin querer queriendo.

—No fue así —protesté—. El tren se sacudió.

Izzie puso una de sus caras de “no me digas”, pero Lucy era toda oídos, pues es muy romántica.

—Cuéntanos todo —pidió, acomodándose en el puf violeta que estaba en el suelo.

—Bueno, el resto del viaje pasó volando. No paramos de hablar. Cuando nos dimos cuenta, estábamos entrando en Euston...

—¿Cómo se llama? —preguntó Lucy.

—Simon Peddington Lee. Vive en Holland Park y tiene dieciocho años.

—¿Cómo es? —preguntó Izzie.

—Alto, moreno y buen mozo. Hermosos ojos castaños.

—¿Qué hacía en el tren?

—Volvía de la Universidad de St Andrews. Está viendo si le gustaría ir allá cuando termine el secundario. Decidí que quizá yo también vaya. Ahora es *el* lugar.

—Allí estudió el Príncipe William, ¿no? —preguntó Lucy.

—Sí. Así que es muy elegante.

—¿A qué escuela va Simon ahora? —preguntó Lucy.

—A una privada. No recuerdo el nombre. Queda en Hampshire. Vive en la escuela.

—¿Así que es un chico rico? —dijo Izzie, y agregó con voz tonta, en tono esnob—: Peddington Lee.

—No es esnob ni estirado ni nada —repliqué, ignorándola—. Le dije que yo también iba a una escuela privada.

—Pero, Nesta —exclamó Lucy—, eso es mentira.

—No lo es —repuse, riendo—. Nadie está privado de entrar en ella. Además, creo que voy a cambiar mi nombre; yo también usaré doble apellido. Podría ser Nesta Costello Williams, si usara el apellido de papá y luego el de mamá. ¿O debería ser Nesta Williams Costello?

—Bueno, no te enredes tanto —respondió Izzie—. Sólo sé tú misma. Nesta Williams suena bien.

—Nesta, la Diosa —rió Lucy.

—Pensé que se alegrarían por mí —rezongué, dolida—. Acabo de conocer a alguien que me gusta.

—Claro que me alegro por ti —replicó Lucy—. Pero ¿estás segura de que quieres salir con un chico que quizá se marche pronto?

—No se irá hasta el otoño. Apenas estamos en abril. Si, para entonces, seguimos gustándonos, yo puedo ir a Escocia cuando termine la escuela.

—¿No era que querías ser actriz? —preguntó Izzie—. No creo que enseñen arte dramático en St Andrews.

Eso no se me había ocurrido.

—Tal vez sí. De todos modos, creo que a nuestra edad es mejor mantener todas las opciones abiertas.

Izzie lanzó una carcajada.

—Hablas como mi mamá, Nesta. Y ese chico, ¿quiere verte otra vez?

—Sí. Iremos a montar.

—¡A montar! ¿A caballo?

—Sí.

—Pero ¿alguna vez montaste a caballo?

—No, pero seguro que aprenderé enseguida.

Lucy e Izzie se miraron, preocupadas.

—Pero le dijiste que no sabes montar, ¿verdad? —dijo Lucy.

—Claro que no. No puede ser tan difícil.

—Ehh... Nesta... —empezó Lucy.

—No —la interrumpió Izzie—. Tendrá que darse cuenta sola...

El diario de Nesta

¿Sabes una cosa? J'ai un nouveau novio. Il s'appelle Simon Peddington Lee y es un bombón. Ya me envió un mensaje de texto. :->> Eso significa “una gran sonrisa”. Y “Nosvmos”.

Yo le respondí con un J)))) y “Salu2”.

Ojalá pudiera adivinar el futuro, porque creo que él puede ser El Hombre. Hace muchísimo que no me gusta nadie. Y nunca estuve enamorada. No de verdad. Él parece más adulto que todos los perdedores con los que salí el año pasado, y tiene buenas piernas, bien largas, y una boca trèes besable.

Rechazados desde mi llegada a London:

Robin: (Salimos una semana en septiembre.) Dulce pero aburrido. Se queda con la mirada perdida creyéndose interesante, pero parece un tarado total.

Michael: (2 citas en octubre.) Usa a la gente y besa mal, le gusta morder.

Nick: (1 cita en diciembre.) Un asco. Usa demasiado gel en el pelo. Tiene la extraña costumbre de lamerles las orejas a las chicas. Desagradable.

Steve: (Enero) Me gustaba, pero era inmaduro y más bajo que yo.

Alan: (3 semanas en febrero.) Más o menos. Decía que quería estudiar medicina y trató de meterme las manos debajo de la ropa para examinarme. Patético.

Mi hermano Tony tiene nueva novia y aparentemente se dislocó la mandíbula después de una sesión de besos. ¿Cómo lo hizo? No sé si contárselo a Lucy o no. Debo averiguar cuál es su situación actual, porque el año pasado estuvieron juntos. A las chicas siempre les gusta Tony, pero él estaba muy enganchado con Lucy.

Izzie está experimentando una DSK (deficiencia en el sentido del humor). No sé por qué, ya que está saliendo con Ben, el cantante de King Noz, y está más contenta que nunca.

Estoy cansadísima. ZZZzzzz